

X Coloquio Anual de Estudios de Género. PUEG / UNAM.

Notas etnográficas: “¡Sí!, Somos diferentes, pero mira... finalmente... ¡estamos iguales de jodidos!”.¹

Susana García Salord.

IIMAS/UNAM. Septiembre de 2001.

En estas notas me interesa compartir algunas reflexiones acerca de la mujer académica, derivadas de la experiencia de investigación sobre los académicos de carrera de la UNAM. Entre otras cosas, el trabajo consistió en la reconstrucción de los itinerarios biográficos de hombres y mujeres que nacieron y crecieron en los sucesivos escenarios del llamado “milagro mexicano”, el “boom petrolero” y las crisis ocurridas desde 1982 en adelante.

Cabe aclarar que no indagué sus itinerarios biográficos desde la perspectiva de los estudios de género, sino que lo hice considerándolos representantes de un ser social, es decir, como portadores de un conjunto de atributos y atribuciones, entre ellos el ser hombres o mujeres. Los consideré entonces como portadores de un estilo de vida y de un universo simbólico, inscritos en una posición y condición social, que se fue construyendo y modificando a lo largo de su ciclo vital.

Así, como miembros de un grupo familiar, la narración registra que ellos han asumido la posición y la condición de nietos, hijos y padres; han sido niños, jóvenes y adultos; han sido solteros, casados, separados; como miembros de un grupo social han pertenecido al espectro estadístico que se identifica como las clases medias urbanas mexicanas, y simbólicamente, ellos constituyen la generación del sueño dorado, que como tal, la mayoría ha dejado de ser lo que fueron sus padres y sus familias de origen (García Salord, 1997); como universitarios han sido alumnos y maestros, subordinados y jefes, jóvenes principiantes y académicos establecidos y lo fueron en las condiciones de protagonistas del período de expansión de la universidad (Kent, 1990; Gil, 1994), y como herederos de la generación de los fundadores de la carrera académica o como nuevos pioneros (García Salord; 2000).

En esta línea analítica, no registré la diferencia entre géneros en los términos de una relación asimétrica entre hombres y mujeres –encubierta como todos sabemos en la oposición binaria de sexos –, sino que dicha diferencia “quedó registrada”, articulada en la relación social en las que se instituía cada posición y cada condición arriba señaladas. Es decir, yo no registré a hombres y mujeres en sí mismos o como polos de una relación, sino que los registré en el vínculo en el cual se desarrollaban e iban cobrando sentido, el cúmulo de experiencias que constituye cada itinerario biográfico.

¹ Este texto es una versión corregida y aumentada, de la ponencia presentada en el Foro “LA universidad que queremos las académicas: logros, perspectivas y propuestas” Colegio de académicas universitarias. UNAM. 9-11 de julio de 2001.

En breve: los hombres y mujeres quedaron registrados en lo que son y resultan ser, en ese trabajo social y cultural que es construir y ser construido en un vínculo: la familia, la pareja, la procreación de la prole, la formación profesional, el ingreso al trabajo, la participación política, la recreación, etc. Planteado entonces el punto de vista desde el cual se hizo el registro, pasemos ahora, a ver algunas de sus notas.

1- La condición de mujer como posibilidad u obstáculo para el desarrollo individual en el seno de la familia.

En las experiencias registradas, esta correlación no aparece definida de antemano por la discriminación de género, que existe en el registro de la dominación masculina. Veamos. En la familia de Mariana, familia numerosa y de escasos recursos, fueron las mujeres quienes estudiaron sostenidas por el trabajo de los hermanos varones. El papá de Mariana tenía **la idea de que las mujeres debían prepararse por “si les tocaba un mal marido”**. Ante la ausencia del padre, los hermanos siguieron con este “mandato”, dejaron de estudiar y se pusieron a trabajar para mantener la familia y que las hermanas estudiaran.

Otra experiencia es la de Rita. Ella es la primera de tres hijos, uno de ellos es un varón. Esta casualidad biológica le otorgó el atributo de ser la primogénita y en esa condición resultó ser **la depositaria del “sueño dorado” de su papá**. Él participó como mesero en las fiestas de inauguración de la Ciudad Universitaria, justo en el año en que Rita nació, y ahí él se decía y repetía mil veces “mi hija tiene que ser universitaria, aunque sea un año, pero mi hija tiene que estudiar aquí”. Como depositaria de este sueño, Rita se convirtió en “la preferida” de su papá y recibió todos los beneficios de su condición, siendo coronada por el “éxito”. Por el contrario, el hermano de Rita, al no compartir con su padre los principios del machismo que el señor pregonaba y exigía a su hijo (ser macho, violento, fuerte, aguantador), fue criticado, subestimado y descalificado desde edad temprana. Él siguió una errática trayectoria escolar, y en el registro del “éxito”, su experiencia se lee como fracaso o mediocridad.

Otras notas nos muestran que la condición de posibilidad para acceder a los estudios universitarios, se estructuró en otros tres escenarios posibles. Uno, es el espacio que podemos de llamar **“de indiferencia” paterna, hacia el desarrollo profesional en sus hijas**. Los padres accedían a que estudiaran en el modelo convencional de que “lo hagan hasta que - o para que- encuentren un “buen partido” y se casaran “como Dios manda”. Otro escenario fue **el del impulso y motivación de la generación de mujeres, que vieron frustradas sus expectativas de estudiar**, porque en su época no les correspondía. Esa frustración de abuelas, madres, tías o hermanas mayores de familias numerosas, se elaboró como un sueño y una férrea decisión que sus nietas, hijas, sobrinas o hermanas menores recorrerían el camino que a ellas les vedaron. El tercer escenario es el que ofrecieron aquellos núcleos domésticos, en los que **el estudiar en la universidad “era lo natural”**: ya a principios de los años 70, para estas familias con dos generaciones que habían accedido a la educación superior, “después de la prepa venía la universidad”.

En breve, podemos decir que de acuerdo a nuestras notas, en la década de los 60 y 70, la condición de mujer como posibilidad u obstáculo para acceder al nivel de enseñanza medio superior y superior, se dirimió en las diversas formas y estado que asumía el universal cultural que reza que dichos niveles educativos no les corresponden a las mujeres. Así, estas académicas accedieron a la escolaridad por los intersticios de los sueños, de las preocupaciones, de la indiferencia o en su caso del “destino”, que portados por sus padres fueron asumidos por ellas y tuvieron un campo fértil de cultivo, en el cual a ellas les correspondió disputar no sólo el derecho a recorrer los caminos de la escolarización, sino también la posibilidad de recorrerlos hasta obtener el máximo grado.

2- La disyuntiva y la tensión entre carrera y/ o pareja y carrera y/ o hijos.

En el registro de los itinerarios biográficos realizados, la relación entre carrera y pareja, o carrera e hijos fue planteada como una disyuntiva - es decir como caminos contradictorios y que por lo tanto requieren de una opción- sólo por mujeres. En el caso de los hombres, ellos imputan su dificultad para constituir parejas estables, y sobretodo para asumir la paternidad, a otras razones “personales” que no tienen que ver directamente con su vida profesional (temores que no pasan por el registro de la razón, o la elección de una pareja que ya tenía hijos).

En las demás experiencias registradas dicha relación aparece como una tensión más que una disyuntiva, esto es, más como un espacio de conflicto y confrontación que involucra tanto a los hombres como a las mujeres. Dicha tensión se estructura entre el tiempo requerido para dedicarse a completar la escolaridad (licenciatura, maestría y doctorado), para trabajar (el empleo universitario) y para la organización y mantenimiento de la dinámica cotidiana de una familia.

Sin embargo, cabe introducir aquí una pista analítica que aporta a dimensionar esta situación. Se trata del hecho de que en esta generación de académicos, la mayoría ingresa a trabajar a la universidad sin tener conocimiento ni conciencia, de lo que hoy todo mundo conoce como la carrera académica, como opción de vida y como opción profesional. La carrera la descubrieron y optaron por ella en el recorrido de su trayectoria laboral como universitarios; y esto, en la mayoría, ocurrió cuando ya habían conformado su familia. Veamos ambas situaciones.

2.1- La disyuntiva: la experiencia de mujeres que conscientemente optaron “por la carrera”.

Ellas dicen haberlo hecho no sólo porque no hubo nadie que “les moviera el tapete” - de manera tal, que les cuestionara su deseo- sino en gran parte, porque el tipo de carrera elegida implicaba optar por una pareja endogámica y sus “funestas consecuencias”, como lo son la competencia entre profesionales del mismo medio y el “chismerío” de ese medio; así como el optar por una maternidad en condiciones adversas, dadas por estancias prolongadas en lugares con

condiciones de vida precarias o por ritmos de trabajo incompatibles con la dedicación que requiere el cuidado de los hijos.

Lo interesante aquí es que socialmente estas mujeres ya no son identificadas con el retrato cultural de "la quedada" o de "la solterona". Su condición se remite más a cuestiones como la ambición personal o un carácter fuerte e independiente. Además hay que anotar que, ellas dicen seguir abiertas a la posibilidad de constituir una pareja, y que mientras tanto mantienen su opción por la carrera, aunque a veces "la soledad sea canija". Esta situación la comparten con el grupo de mujeres separadas y que no establecieron parejas nuevas porque según dicen "el "mercado" se puso cada día más difícil: los hombres están casados o son menores de edad, son gay o traen demasiada historia... y qué flojera!!... ya una también va adquiriendo mañas o... ¿quién sabe?... te pones más selectiva ¿no?".

2.2- La tensión.

La tensión, a la que no hemos referido, entre los tiempos necesarios para la inversión en uno mismo, en la institución universitaria y en la relación de pareja /familia involucra a la pareja y a los hombres y mujeres en sí mismos. En el caso de las mujeres, la tensión aparece cuando la mujer es capaz de nombrar otro deseo y descubrir otra pasión: el estudio y el trabajo profesional; cuando la investigación y la docencia se va configurando - no sólo como un medio de subsistencia al que tiene que apelar porque el marido la abandonó o porque, más allá de su marido, ella quiere ser alguien que es algo en la vida- sino porque el trabajo les encanta, las atrae, las atrapa; es un deseo propio referido a ellas como ellas mismas; y así la forma obsesiva en la que se involucran, recuerda mucho a la llamada dedicación masculina al trabajo.

Y en el caso de los hombres, la tensión aparece cuando el hombre asume la paternidad no sólo en el registro de la dominación masculina, es decir, como proveedor, beso de buenas noches y divertidas vacaciones en la playa, sino con la presencia afectiva y el desarrollo del trabajo doméstico; cuando pretenden asumir la paternidad en los mismos términos que las mujeres asumen la maternidad: la etnógrafa los ve llegar a sus lugares de trabajo trasnochados porque el bebé lloró toda la noche; preocupados porque se les fue la inspiración; los ve preguntar a una colega por el transporte escolar; y así el relato masculino transita por los mismos vericuetos que el discurso femenino de la doble y la triple jornada.

Cuando estas tensiones se articulan en el seno de la relación de pareja, los registros realizados muestran diversos tipos de negociaciones, como lo son la distribución de las tareas domésticas bajo la idea de compartirlas; la planificación de los tiempos de estudios: "decidimos que yo terminaría la maestría y después nos iríamos al extranjero para que él hiciera su doctorado"; "decidimos salir en ese momento porque no significaría una pérdida escolar importante para los niños";

“yo era la que tenía la propuesta y él arregló todas sus cosas para ir conmigo y no desperdiciar esta oportunidad fantástica que nos venía bien a los dos”.

Sirvan las situaciones reseñadas, para sugerir que las contradicciones entre el desarrollo profesional, la pareja y la procreación, no deberían indagarse como un problema particular de las mujeres, sino como un síntoma que denota que hay ciertas condiciones de vida y de trabajo, que atenta contra la posibilidad de ser un ser humano; esto es, conciliar el estudio, el trabajo, el amor, la casa, los amigos, el descanso y la recreación.

3- Entre matrimonios convencionales y experiencias alternativas.

La mayoría de los entrevistados constituyeron sus parejas a principios de la década de los 70 y la mayoría lo hizo bajo el efecto de la concepción del hombre nuevo/pareja nueva, vigente en el ambiente universitario del momento. Formados en los modelos tradicionales del deber ser del matrimonio, accedieron a ese mundo de convicciones que proclamaban la liberación sexual y concebía a la pareja como un vínculo entre compañeros e iguales. La diferencia entre los entrevistados es el matiz con que incorporaron y practicaron la mezcla entre las nuevas convicciones y las originarias: algunos se apegan al deber ser social dominante, otros son levemente liberales, y otros decididamente contestatarios.

La narrativa nos muestra que “al principio” la mayoría tiene una historia de amor, que transcurre en el registro de la endogamia, es decir, sucede en territorios unamitas y entre unamitas: la alumna y el joven profesor que se enamoran en el transcurso del semestre; los compañeros de estudio y/o de militancia que deciden casarse - ya sea por deseo propio o por presiones familiares-; o deciden incursionar en una nueva versión de la unión libre permanente o eventual, o sumarse a las novedosas y radicales experiencias de “la comuna”, en la que se convive en el amor libre y uniones homosexuales.

De estos registros, podríamos tomar nota de dos cuestiones interesantes. Una de ellas es que al inscribir estas experiencias **en la línea de la familia trigeneracional, podemos identificar una suerte de “olvido” en la memoria familiar y colectiva.** Nos debería producir curiosidad el hecho de que las relaciones prematrimoniales, las uniones libres y los divorcios constituyeran motivo de “escándalo” o de crítica en los núcleos familiares, dado que tanto en la generación de los abuelos y en menor medida en la de los padres de los académicos, se registran parejas no constituidas legalmente; hijos concebidos fuera de la pareja, reconocidos o no – tanto por lado de hombres y mujeres -; padres y madres ausentes, madres solteras, etc.; y que estas experiencias no se inscriben en el registro real y simbólico de la “casa chica” de la clase media, sino en una suerte de “lógica informal de la vida real” (Geertz; 1990), de “habitus” (Bourdieu; 1988); de “invención de lo cotidiano” (de Certeau; 1994), es decir, de lo contingente, ambivalente e indeterminado (Bauman; 1996).

En esta secuencia, la adhesión al imaginario vigente en las décadas del 50 y 60 acerca de la “familia bien”; “la hija de familia”, “el hombre decente”, etc., parece operar sobre la negación de la propia experiencia familia. Los académicos la

narran y por tanto la aceptan como parte de la realidad – a veces con timidez y discreción, otras abiertamente como “un toque de distinción”, una suerte de “mira de dónde vengo y adonde llegué”- pero simultáneamente la inscriben en el registro de la ficción. Para todos ellos, esa parte de su historia familiar “es como de telenovela”, una ficción ya no en el registro de lo inventado como construcción histórica, sino en el de eso que “no ocurrió realmente”, sino que es creado por licencia literaria (Geertz;1990).

Podría pensarse entonces que, lo que en los 70 aparece como liberación sexual, parece legitimar - en definitiva- prácticas que ya existían, pero que eran descalificadas y desechadas porque pertenecen al repertorio de la experiencia de los grupos sociales identificados como los pobres, sin educación, indecentes. Esos grupos a los que se pertenece por origen familiar y que en el sistema de clasificaciones sociales vigentes en el “milagro mexicano, eran identificados como “los nadie que no son nada en la vida”.

El registro de las diferentes prácticas y representaciones de la libertad/ liberación sexual, inscrito en el universo simbólico del “hombre nuevo” y en la crítica a la “doble moral” burguesa; y portado por las generaciones jóvenes de un grupo social emergente en el espacio universitario, parece haber tenido un efecto de resignificación de estas prácticas, al respaldar la disputa por su legitimidad, en la legitimidad que ya gozaban “los universitarios”.

En este nuevo registro, lo “indecente” es ahora “contracultura”, modernidad, bohemia, hipiismo: alarma, escandaliza pero está en otra relación de fuerza que le permitirá disputar legitimidad: dejar de ser descalificado socialmente, dejar de ser considerado exótico culturalmente y lograr carta de ciudadanía: “ahora (1992) es normal, pero cuando yo lo hice (1974) no estaba todavía bien visto... con decirte... mi hermana menor hasta decidió ser ¡madre soltera!... ¡uuuhhh!... pero, finalmente cuando nació el bebé ya todos felices y contentos, ¡!! como si nada!!!!... en esto como en todo, las mayores les facilitamos el camino a las menores... ¡ni hablar!”.

La otra cuestión que estas notas permiten rescatar, es que **el empeño por establecer una relación de pareja acorde con los nuevos tiempos**, así como las dificultades por consolidar el vínculo y hacerse cargo de la responsabilidad del estudio, del trabajo y de los hijos, **en principio se encararon como una causa común**. Más allá de la modalidad del vínculo, las nuevas parejas generaron fórmulas que tendían a conciliar intereses de hombres y mujeres en la distribución del trabajo, en la educación de los hijos y en las posibilidades de desarrollo profesional.

Todo un proceso de negociación como miembros de una pareja, que indudablemente nos ofrecen ejemplos de diferentes tipos de negociaciones, desde las más fluidas y cordiales hasta las más complicadas, dolorosas y violentas. La disputa por esas nuevas “fórmulas” es lo que hemos estado presenciando, provocando y viviendo en condición de cambios, que al final del Siglo XX, están ya cristalizados en diversas estructuras familiares y núcleos

domésticos. En lo que a familia se refiere, los académicos han aportado tanto a reproducir la familia nuclear del modelo convencional, como a conformar núcleos domésticos reconstituidos, monoparentales y unipersonales, que implican nuevos vínculos en su vida amorosa y labora.

2.1- las separaciones y divorcios

No todas las parejas conformadas por los jóvenes académicos resistieron en el intento de dicha causa común. Para algunas comenzaron a llegar las separaciones. La ruptura de los vínculos de pareja o separaciones físicas y/o emocionales registran diversas modalidades, pudiendo culminar o no legalmente, es decir, en divorcios. El hecho es que, con diversas modalidades, ocurrieron con frecuencia, se asumieron socialmente y fueron promovidos tanto por hombres como por mujeres. La separación se dio ya sea por iniciativa

- de la mujer tradicional, que ahora contradice el mandato de la resignación frente a la infidelidad masculina, la infelicidad personal o la insatisfacción con la pareja y dice "hasta aquí llegué";
- o de los hombres nuevos que no resisten el cambio que trae aparejado el arribo de la prole en el contexto de la paternidad nueva;
- o por mutuo acuerdo, entre dos que no logran ponerse de acuerdo en los proyectos de vida, que se van diferenciando con el paso del tiempo.

En este intento y en sus resultados podemos destacar dos cuestiones. En principio, aquí se registra que **no sólo fueron hombres quienes delegaron la responsabilidad de la crianza de sus hijos**, o la asumieron intermitentemente bajo las fórmulas de los fines de semana y vacaciones. También lo hizo aquella otrora mujer tradicional. Ella es quien se va de la casa familiar y el marido es quien se queda a cargo del núcleo doméstico. ¿Cómo resuelve este hombre tal repentino cambio de composición de lugar y de situación?. Él lo hace manteniendo el orden doméstico instaurado con perfección por su ex esposa, y que se funda en la existencia de "una muchacha excelente". Este personaje – el servicio doméstico – aparece entonces como una pieza clave, que posibilita el trabajo extra doméstico no sólo para este académico, sino también para otros, tanto hombres como mujeres. (El estudiar más a fondo a este personaje, podría aportar a distinguir mejor el tipo de participación de algunas académicas y académicos, en el trabajo doméstico y por ende en una parte importante de la organización de sus vidas).

La otra cuestión que resulta en el estudio realizado, es que **la experiencia de la separación es más o menos adversa**, dependiendo del grado de estructuración previa de las condiciones de vida familiares y del grado de desestructuración económica y emocional que éstas sufren con la separación de la pareja.

En este sentido, las condiciones más adversas las sufrieron aquellos núcleos familiares que al momento de la separación no tenían una posición económica establecida, y la organización cotidiana dependía de una distribución de actividades y presupuestos, totalmente compartidos entre el hombre y la mujer. Al

faltar una pieza y sus recursos, el engranaje completo deja de funcionar. En este tipo de experiencias, en los registros realizados generalmente fue la mujer quien tuvo a su cargo la responsabilidad de remontar la desestructuración ocasionada, en la medida en que el hombre se instituyó como “padre desobligado”; declinó de sus convicciones de solidaridad y lealtad como “hombre nuevo”; o aceptó y asumió (más temprano que tarde) la decisión de la mujer de aislarlo, impedirle o boicotearle el vínculo con la prole.

En breve, nos interesa destacar que en la perspectiva analítica trabajada lo que se registró fue UNA DIVERSIDAD DE EXPERIENCIAS, que nos muestran no sólo mujeres “heroicas”, en el sentido de que tuvieron que remontar situaciones más que adversas, sino que aparecen también “hombres heroicos” (en el sentido mencionado), así como mujeres que resolvieron su vida de pareja en los mismo términos que –en el registro de la dominación masculina- se adjudica sólo a los hombres. Estas mujeres – separadas o no- hicieron nuevos y reiterados pactos con el consorte original, tuvieron y tienen amantes, reorganizaron su vida con una pareja nueva o cambiaron su preferencia sexual.

4- El ejercicio del poder entre las mujeres académicas: descalificación, competencia y discriminación.

Otra cuestión que llama la atención en los relatos biográficos es que la competencia y la discriminación entre las mujeres, son disposiciones y prácticas muy arraigadas, que posiblemente se encubren en el escenario donde priva la dominación masculina. Pongamos sólo dos ejemplos, que atañen a dos dimensiones de la vida de las académicas: la vida amorosa y la vida laboral, entrañablemente unidas, como hemos dicho, en un medio endogámico como es el de la universidad.

4.1- “La otra”: el pase mágico entre la amante del esposo y la esposa del amante.

En los relatos de la vida amorosa de las académicas, registramos no sólo las críticas a los hombres como padres desobligados o como hombres infieles, sino también la presencia de un personaje femenino, que no sé si ha sido objeto de estudio y reflexión en los estudios de género: me refiero a “la otra”. La otra es la “bruja del cuento”, generalmente otra unamita o miembro de la red social universitaria; la que le quitó el marido, la que pretende reemplazarla como la madre de sus hijos, la que gasta el dinero que tendría que llegar a la casa. Lo curioso es que – generalmente- la otra se convierte en la bruja del cuento al calor de los acontecimientos de la separación, y termina siendo una suerte de chivo expiatorio de ese hombre identificado, originalmente, como padre desobligado o marido infiel.

Registramos también que, con el paso del tiempo, los papeles se invierte. Las mujeres separadas o divorciadas – y también casadas- asumen y justifican ubicarse ahora ellas en el papel de la otra, y quien asume el papel de la bruja del cuento es la esposa del amante. Se podría decir que a esta altura del itinerario biográfico “ellas los prefieren casados”. En un abrir y cerrar de ojos, la solidaridad

femenina - que suele ejercerse sin límites pero también reivindicarse sin discreción- desaparece en el juego de la competencia por un hombre.

Se registran aquí dos cuestiones: una es que las mujeres académicas asumen como legítimo el código de la infidelidad atribuido al comportamiento masculino, o lo resignifican argumentando la presencia del amor y de la pasión, más que de una aventura sin compromiso afectivo. Daría la impresión de que una vez que "aprendieron", que el amor no es eterno tal y como les habían enseñando, "lo impensado" (De Certeau; 1995) aparece como posible.

La otra cuestión que sugiere el registro es que existe un plano de confrontación entre mujeres, en el que el principio de diferenciación operante es aquella otra diferenciación primaria – por fundacional- que socialmente se instituyó entre amigos/ enemigos (Krotz, 1994; Bauman, 1996), donde la consigna que regiría dicho principio, es aquella que dice que "en el amor como en la guerra, todo está permitido". Una "situación excepcional" que eximiría a las mujeres de reconocerse como amigas/ aliadas, frente al universal cultural que las inscribe como discriminadas y sometidas por la dominación masculina.

4.2- La discriminación por los signos del cuerpo o de la filiación.

Otro registro es el que nos muestra a las mujeres ejerciendo la discriminación y tomando como objeto de discriminación a su mismo género. Parece ser que portar un apellido distinguido previamente por ciertos méritos de los progenitores; portar la condición de alumna, discípula o pareja de algún académico o académica reconocidos; incluso el ser portadora de un atributo físico derivado de la genética, como puede ser el color de la piel, los ojos y el cabello, la altura o las curvaturas del cuerpo, pueden poner bajo el manto de la sombra de la duda, las calificaciones y méritos propios de esta portadora involuntaria de los signos socialmente atribuidos a la distinción o de la exclusión.

En este juego de pasiones encontradas, las mujeres académicas ponen en acto el juego de la discriminación racista y clasista; todo aquello que en un discurso centrado sólo en la condición femenina - como condición adversa y discriminada- corre el riesgo de ser endosado sólo a la llamada dominación masculina.

En este sentido, creo que tenía razón Cecilia, una académica cuarentona, cuando después de relatar su itinerario, tal cual un espejo de múltiples confrontaciones y apelando permanentemente al "sí, pero... fijate, que tampoco fue tan así como te dije", concluye diciendo: "¡Sí!, Somos diferentes, pero mira... finalmente... ¡estamos iguales de jodidos!".

A manera de síntesis.

Los registros reseñados muestran **no sólo una diversidad de experiencias, sino la complejidad de las mismas**, en tanto retratan a hombres y mujeres confrontándose entre ellos, articulados en la disputa personal y colectiva que ocurre dentro y en contra de arbitrario cultural incorporado por ambos, y en la cual, la realidad supera ampliamente el registro de los imaginarios sociales instaurados

como los legítimos, supera las prácticas que supone, los mandatos que establecen, los roles que definen, etc.

Se advierte entonces la presencia de problemas comunes a ambos sexos, que derivan de un mundo fundado en unas relaciones sociales y en unas definiciones culturales gestadas no sólo en la diferencia entre géneros, sino en ésta y articulada en la existencia de la desigualdad económica, la distancia social y cultural, la discrepancia política e ideológica, y la diferencia racial y religiosa. Dicho registro advierte también, que esas relaciones y esas definiciones han sido incorporadas por ambos sexos. En consecuencia afectan los vínculos que establecen entre ellos y con el mundo en el que viven.

En ese mundo, **la dominación masculina parece operar como una relación de fuerza más**, cuya significación y eficacia se dirime de distinta manera y sentidos, en los distintos escenarios en los que el ejercicio del poder se objetiva en un universo de prácticas y de representaciones, construidas y cruzadas por principios de diferenciación que construyen la oposición, creando así la diferencia entre algo que se instituye como bueno o malo, correcto o incorrecto, prohibido o permitido, decente o indecente, normal o anormal, superior o inferior. En este sentido, la dominación masculina interviene en “el mundo de la vida” articulada e inscrita en ese universo polifacético y polisémico.

El tipo de registro realizado nos advierte además, que la dominación masculina con todo y el mundo de representaciones en la que se inscribe, **es un arbitrario cultural que no permanece estático** – congelado en el tiempo e instalado en su dominio- sino que sufre resignificaciones y cuestionamientos en el tiempo y en los diversos escenarios sociales donde se ejerce.

Los académicos estudiados son esa generación que - capitalizando la experiencia de aquellos que se “adelantaron a su tiempo”- cuestionaron no sólo al poder público autoritario, sino a las bases culturales en las que se sostiene, entre ellas, la dominación masculina. Con ello abrieron intersticios en las estructuras familiares, educativas, ocupacionales, políticas y sociales convencionales, para otras prácticas y representaciones que hoy ya tienen carta de ciudadanía o un espacio mayor para seguir disputándola. Me refiero a la posibilidad de acceso al estudio y trabajo universitario de las mujeres, de las relaciones prematrimoniales, de la unión libre, del divorcio, de las madres solteras, de las familias reconstituidas, de la diversidad de preferencias sexuales, de las experiencias educativas alternativas, de la oposición política legal, de la libertad de expresión.

En este sentido, más que un efecto de la dominación masculina, lo que se ha registrado es una disputa por una forma de vida, que se origina y es posible en el marco de un cuestionamiento al orden político, social y cultural establecido. Producto de esa disputa la estructura eclosiona y ocurren cambios de lugar en las posiciones establecidas para el funcionamiento de la pareja y de la familia, de la escolarización y del trabajo.

Esta lucha fue compartida por hombres y mujeres, y en ella cada cual debió luchar contra los fantasmas propios de su posición y condición; a veces pudieron caminar juntos, a veces se vieron enfrentados; algunos sostuvieron dicha disputa a lo largo del tiempo, otros renegaron y/o retrocedieron y otros se conformaron con lo logrado en cierto tramo del itinerario; pero lo que está definiendo el curso de dicha disputa no es precisamente la condición de género, sino la posición que ocupan y desde la que participan; entendiendo que la posición es un efecto acumulado de todos los atributos y atribuciones que la constituyen y la eficacia de ese efecto se juega en el escenario de las relaciones de fuerza, que rigen cada espacio social (la familia, el trabajo, la política, etc.) (Bourdieu; 1991).

De ahí que, nuestros registros avalan esa premisa metodológica que dice que las interconexiones entre diferentes fenómenos y problemas sociales (por ejemplo: la condición femenina y la posibilidad de desarrollo profesional) no deberían ser tratadas como correlación entre variables, sino como una red de relaciones operantes en la vida. En el escenario de esa red, dichas interconexiones deben ser encontradas o demostradas primero empíricamente y no derivadas, inferidas, o afirmadas desde premisas consideradas como universales culturales (por ej.: la diferencia, desigualdad y discriminación de la mujer), o desde cifras ofrecidas en el universo estadístico (distribución por sexo de los puestos, la productividad, etc, etc).

Por otra parte, esta perspectiva analítica **lo que hace es poner en evidencia aquello que está pero que no tiene nombre y lugar**, tanto en el orden y legitimidad de la dominación masculina que rige en este grupo social y ocupacional, como en la mirada que la mira desde su contestación. Dicha evidencia es un “resto” que mete “ruido” a quien investiga, cuando debe ubicarlo en alguna parte, y la recurrencia y regularidad con la que aparece, ya no deja lugar a ubicarlo como un detalle biográfico, que puede desecharse porque es parte del anecdotario privado e individual. Es un resto que incomoda porque muestra un espejo en el cual desearíamos no mirarnos como grupo ocupacional y mucho menos como género.

Indudablemente debemos prestar más atención a ese resto, es decir, a la otra, a los amantes, a los “hombres heroicos”, a las “Margaret Tacher” y “Mata Hari” de la academia, a las prácticas de la competencia, la infidelidad, la deslealtad, la discriminación; a los sueños, las frustraciones y las adicciones. Ese resto donde confinamos tanto a la diversidad y la complejidad, como a nuestros semejantes diferentes y a tramos de nuestro itinerario biográfico, de nuestra trayectoria laboral. Resto que existe, pero confinado entonces al código del “secreto a voces”, en el que es nombrado por la neta, el chisme, el rumor, la confidencia o la confesión (García Salord, 2000b); así permanece inclasificado, y yo espero que sea así porque todavía no lo hemos trabajado, y no porque se lo considere inclasificable, es decir, innombrable (Bauman;1996).

Finalmente, quisiera anotar que plantear que la dominación masculina domina tanto a hombres como a mujeres y que no es sólo la dominación masculina lo que

nos domina; no es un intento encubierto de justificar a los hombres; algo así como esa cierta connotación con la que se dice a veces que "los ricos también lloran". Ni poner en otra absurda competencia a hombres y mujeres para ver quién es más violento que otro, quién es más competitivo que otro, quién es más machista o feminista.

Por el contrario, asumo que la investigación socio-antropológica no tiene entre sus objetivos el justificar o criticar a un ser social, sino reconocerlo, reconstruirlo, comprenderlo y explicarlo en lo que es. En este sentido, las académicas que estudiamos a nuestra propia tribu, debemos estar siempre atentas al riesgo de la interferencia dada por lo que - parafraseando a Bourdieu- podría indicar como un "doble acuerdo de los inconscientes" (Bourdieu; 1999): el que proviene de la pertenencia como grupo ocupacional y el que proviene de la condición de género.

Apuntes hacia el Congreso Universitario.

Vista así la cuestión, plantearía la necesidad de identificar no sólo problemas singulares de la mujer académica, sino el vínculo en el que se producen y dar entonces espacio, para identificar su conexión con problemas de fondo de la institución universitaria y del grupo social de pertenencia; problemas que afectan a ambos sexos; la consecuencia inmediata de esta sugerencia es problematizar la pertinencia de la organización sectorial (por sexo), para intervenir en la Reforma Universitaria.

Mi propuesta concreta es que en el Congreso debería existir un espacio de reflexión, compartido entre hombres y mujeres, jóvenes y mayores, principiantes y establecidos, para discutir dos cuestiones: una, es la de las condiciones de trabajo y su efecto en la calidad de vida de los académicos en su conjunto. Esta reflexión debería tomar como punto de partida:

- Que el trabajo es un elemento primario en la constitución de la condición humana, pero que es sólo UNA dimensión de la vida; debe aportar pero conciliarse con el trabajo de reproducción de la familia y la red social.
- Que el trabajo no es sólo producción individual, sino reproducción social y cultural, es decir, formación de personas y transmisión de estilos de vida.
- Que el trabajo académico es fundamentalmente el desarrollo de un oficio, que no puede reducirse al desarrollo de una carrera institucional y personal.

La segunda cuestión a discutir son las formas en que los académicos se clasifican entre sí, a los productos de su trabajo, a sus grupos de pertenencia y a su propia historia, en el transcurso de la vida cotidiana. Creo que urge hacer consciente la fuerte disposición discriminatoria, que ponemos en práctica a diario, al pasar y por costumbre.

Referencias bibliográficas.

Baumann, Z (1996) "Modernidad y Ambivalencia", en Las consecuencias perversas de la modernidad. Antrophos. Barcelona. España.

Bourdieu, Pierre (1988) Cosas Dichas. Gedisa. Argentina

.....(1991) La distinción. Criterios y Bases sociales del gusto. Taurus Humanidades, Madrid, España.

..... (1999) Comprender En La miseria del Mundo. FCE, México.

Clifford,Geertz (1990), La interpretación de las culturas. Gedisa Editorial, España.

De Certeau, Michel (1996) La invención de lo cotidiano. 1 Artes de Hacer. Universidad Iberoamericana- ITESO. México.

----- (1995) La toma de la palabra y otros escritos políticos. Universidad Iberoamericana/ITESO. México.

García Salord, Susana.(1997) "El dilema existencial de los académicos: ser o no ser". Conferencias Magistrales del IV Congreso Nacional de Investigación Educativa. Consejo Mexicano de Investigación Educativa. Pag: 67- 87. ISBN: 968-7542-20-9. México, octubre.

..... (2000) "La carrera académica: escalera de posiciones y laberinto de oportunidades". En Cazés Menache, Ibarra Colado y Porter, L (Coord.) Los actores de la universidad: ¿unidad en la diversidad?. Tomo III, pp: 43-60, CIICyH/UNAM. ISBN: 968-36-8499-8. Pág:216, México, 2000.

..... (2000) "Dos obstáculos para una reforma universitaria: la sombra de la duda y el secreto a voces en la UNAM". Ponencia presentada en el Seminario: Modelo laboral alternativo en Centros de Investigación y Formación Especializada. CIESAS/SUTCIESAS, Junio.

Gil Anton, Grediaga, Pérez Franco, Rondero, Casillas, de Garay, Armenta, Rodríguez, Camarena, Villa Lever, Acevedo, Fernández, Livas, Ramírez, Vences, Chavoya, Aguila, Moreno, Alvarez, Ortega, Beltrán, Campuzano y Hernández (1994): Los Rasgos de la Diversidad: Un estudio sobre los académicos mexicanos, UAM-Azcapotzalco, México,D.F.

Kent, Rollin (1990), Modernización Conservadora y Crisis Académica en la UNAM. Nueva Imagen. México.

Krotz, Esteban (1994), "Alteridad y pregunta antropológica", Alteridades 4 (8), pp 5-11. UAM/Iztapalapa, México.